

ras de gestión y control del aula, derrama experiencia y reparte fórmulas para el buen funcionamiento de un aula.

Llama la atención la aparente diferencia entre el título original «classroom control» y el título y subtítulo de la obra traducida: la disciplina en el aula, gestión y control. Pero tal extrañeza desaparece al engranar esos tres títulos en un concepto unificado que evoluciona hasta llegar a la situación científica que el autor aclara y pormenoriza: el profesor como gestor del clima y orientador del trabajo, el profesor como gestor del aula, para lograr la situación más propicia para un trabajo escolar...

Varias son las razones que demuestran la idoneidad y actualidad de este manual. Por una parte, autores como Edmonds (1979) identifican entre los cinco factores que parecen caracterizar a las instituciones escolares eficaces el «clima escolar ordenado»; por otra, el concepto y la práctica escolar del orden y la disciplina han variado substancialmente, desde algo externo, estereotipado, rígido e impuesto hasta un clima de trabajo del que el profesor es gestor y animador. Cuando el autor enumera en la p. 17 la «lista de faltas y castigos del Instituto Americano» en 1848 y se lee, por ejemplo, que a un alumno, por emborronar el cuaderno, le correspondían dos latigazos, comprendemos el salto cualitativo dado por el concepto disciplina y la grata dificultad que entraña dirigir una clase hoy, si comparamos esa lista con la enumeración de derechos y deberes del alumno actual.

Este manual, que soslaya consideraciones teóricas y planteamientos de investigación científica (prescinde de citas y bibliografía casi en absoluto), se caracteriza por la sencillez expositiva y la practicidad. Muchos aspirantes y neopracticantes del duro oficio de profesor —tanto los que gustan de hablar de convivencia y normativa convivencial como los que siguen usando el clásico apelativo de disciplina— se evitarían ligeros o profundos sinsabores si primero estudiaran y luego practicaran algunas de las muchas estrategias que David Fontana desgrana para hacer más feliz la labor del director de orquesta que es un profesor y lograr que esa orquesta de alta o baja «ratio» «suene» mejor.

JESÚS MESANZA LÓPEZ

GARCÍA ARETIO L.: *La educación. Teorías y conceptos. Perspectiva integradora*. Madrid, Paraninfo, 1989; 126 pp.

En educación, tanto el problema ontológico como el epistemológico son foco siempre de interés; más aún cuando se trata de cuestiones no resueltas de modo definitivo, a pesar de la abundancia de estudios y trabajos, aunque no todos de la misma profundidad y calidad.

La obra del profesor García Aretio es una introducción al estudio de la Pedagogía, donde se han cuidado tanto la actualidad del discurso pedagógico cuanto la reflexión abierta a las diversas posiciones intelectuales existentes, buscando una panorámica integradora, menos original pero posiblemente más enriquecedora.

El libro se estructura en cinco capítulos básicos, acompañados de una bibliografía específica (el concepto de educación, el concepto de pedagogía, sistematización de las ciencias de la educación, teoría de la educación y la educación permanente). Se cierra con un último apartado, capítulo seis, dedicado a las fuentes bibliográficas (manuales y obras fundamentales, diccionarios y enciclopedias) para elaborar una teoría de la educación, donde se ofrece un resumen notable de las principales fuentes, exceptuando revistas, en el marco contemporáneo.

Tras realizar un análisis etimológico y una descripción de un buen número de definiciones reconocidas de educación, el autor efectúa un análisis comparativo de las definiciones de educación, subrayando los rasgos más destacados por los diversos autores. Un estudio crítico de los mismos le lleva a una definición integradora: «el proceso de optimización integral e intencional del hombre, orientado al logro de la autorrealización e inserción activa en la naturaleza, sociedad y cultura» (p. 26). En esta definición se pretende salvar, entre otros, el obstáculo del carácter intencional o no que entraña el fenómeno educativo, así como la matización de que la educación no atañe únicamente a lo específicamente humano, como tradicionalmente viene siendo considerado. En todo caso, se trasluce el pensamiento de que es la persona integral la que se perfecciona en el proceso educativo.

El autor sostiene la idea de que la pedagogía es ciencia y también tecnología. Tras un análisis comparativo de diversas definiciones autorizadas y una reflexión sobre los saberes científico y tecnológico, el profesor García Aretio se inclina por incluir ambos tipos de saberes en la pedagogía. En su afán integrador, se analiza las posibilidades de la pedagogía como arte y práctica, y se define, finalmente, la pedagogía como «la disciplina que sistematiza los conocimientos científicos, tecnológicos y prácticos sobre la educación» (p. 47). Queda claro que pedagogía es la disciplina que tiene por objeto a la educación, pero más discutible es entender la pedagogía como práctica, eso puede conducirnos a confundir la disciplina misma con su objeto propio de estudio. Hablar de la pedagogía como la ciencia y la tecnología de la educación parece más convincente, teniendo presente que la ciencia pedagógica no agota el conjunto de saberes sobre la educación.

Nuestro autor, cuando analiza la teoría pedagógica, hace coincidir la misma con el modelo científico-tecnológico, subrayando tanto la dimensión científica como la tecnología de la pedagogía, haciendo referencia explícita al enfoque sistemático. La Teoría de la Educación viene a ser lo mismo que la Pedagogía General. Estamos de acuerdo con el autor en lo básico de estos planteamientos, pero hay algunas cuestiones en las que pueden surgir matizaciones: toda teoría pedagógica tiene un supuesto antropológico, más o menos conscientemente asumido, desde el que ella se construye y que no justifica por sí misma; sin olvidar que la educación sin referencia a la axiología es un concepto vacío.

El profesor García Aretio hace un examen detenido de un grupo de clasificaciones conocidas de las ciencias de la educación, y termina por presentar su propuesta distinguiendo las disciplinas en cinco bloques; Fundamentantes, Metodológicas, Globalizantes, Sintéticas y Aplicativas. Las materias fundamentantes y las metodológicas apuntan a la elaboración de una Teoría de la Educación (globalizante). La pedagogía diferencial (sintética) es una forma de estudio sintético de determinados aspectos educativos tratados de modo global por la Teoría de la Educación. La operativización del

proceso educativo se lleva a cabo mediante las ciencias aplicativas. Resulta, pues, una sistematización sencilla y clara del conjunto de ciencias de la educación.

En una sociedad enormemente cambiante se hace más preciso atender el carácter continuo de la educación. El autor incluye un capítulo sobre la educación permanente y la entiende como «el principio organizador de la educación que pretende hacerla llegar, en todos sus niveles y modalidades, a toda la población a lo largo de la vida, con la colaboración de los diversos sectores, instituciones y agentes» (p. 108). Desde este enfoque integrador se analizan las áreas de actuaciones de la educación permanente: la formación académica, la actualización profesional y la formación para el ocio y la convivencia.

En suma, estamos ante una obra ciertamente interesante para introducirnos en las cuestiones pedagógicas básicas y fundamentantes. A su intrínseco valor hay que añadir la garantía del prólogo escrito por el doctor Ricardo Martín Ibáñez, quien valora con ecuanimidad el esfuerzo integrador del autor.

ANTONIO BERNAL GUERRERO

HERNÁNDEZ FRAILE, P.: *Catálogo bibliográfico de obras de Pedagogía en la Ilustración*. Madrid, Ministerio de Educación y Ciencia, 1989, 184 pp.

Un indicador del papel que Carlos III y los ilustrados otorgaron a la educación son las obras pedagógicas de la época. Viene a ser una referencia más del proyecto educativo con el que mentalizaron a personas e instituciones para el cambio que debería operarse en España desde esta óptica.

Una historiografía del siglo XVIII con este carácter supone orientar el interés hacia un aspecto concreto de la historia de la educación como son las fuentes de información. La panorámica de este tipo de estudios es reducida y resulta insuficiente, reclamándose trabajos parciales que cubran en el espacio y en el tiempo el vacío existente y reconstruyan el mosaico del entramado histórico pretérito.

Estamos ante una obra que supone una ayuda valiosa al proceso de normatización e informatización de los datos, tendencia general en la actualidad, a la que la mayor parte de nuestros fondos documentales no ha sido incorporada.

El catálogo da noticia de las obras impresas en el siglo XVIII, localizadas en el Museo Pedagógico, en número de 642 ejemplares. Es una investigación rigurosa y coherente que pone a disposición de los investigadores una información de inmediata utilización.

El trabajo en sí despierta un doble interés por su aportación al campo y por el esclarecimiento de referencias que consigue averiguar la autora mediante la técnica de descifrar dibujos, cifras, anagramas, seudónimos.

Utiliza, asimismo, distintos criterios para una ordenada presentación del material a partir del asiento bibliográfico dispuesto alfabéticamente. Se vale, por tanto, de cinco índices: onomástico, de materias, de títulos y entidades, imprentas y topográfico.